

HUMO DE INCIENSO

PEDRO GÓMEZ



Primera edición: Abril 2014

Textos

Pedro Gómez Simón

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-942218-4-2

Depósito legal

CS 124-2014

- © De los textos: sus autores
- © De las imágenes: sus autores
- © De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

A mis padres, *in memoriam*

Ubi fumus, ibi ignis

(Donde hay humo, hay fuego)

«...La ley es católica, sencillamente, porque nuestro Régimen lo es. Y ello sirve de lección a cuantos rebuscan signos inequívocos en la inmaculada ideología y actividad consecuente del Estado que Franco acaudilla. Que si este Estado hubo de surgir de una Cruzada de fe, en la que era necesaria restablecer por la victoria de las armas los sagrados ideales de nuestra Religión, conculcado por el enemigo, la ejecutoria política más definida de sus gobernantes ha sido precisamente la de acusar en sus leyes y en su obra restauradora el concepto católico de la vida...»

(Discurso de presentación de la Ley de Educación Primaria a las Cortes Españolas, por el excelentísimo señor Ministro de Educación Nacional. 14 de julio de 1945)

PRÓLOGO

Es práctica habitual que los escritores noveles acudan a un autor consagrado y prestigioso para prologar sus obras primerizas. Así que no teniendo yo esas cualidades, solo en razón a la amistad antigua y profunda que me une a Pedro Gómez puede encontrarse excusa para mi atrevimiento.

Es lógico pensar que una cierta distancia afectiva entre autor y prologuista garantiza la objetividad en el juicio, pero también hay que reconocer que la proximidad del trato personal e intelectual ayuda a un mejor entendimiento del discurso artístico del autor, pues, como es sabido, éste dice más de lo que cree decir en su texto. Creo que éste es el caso: en la novela *Humo de incienso* yo detecto proyecciones del autor de las que él seguramente no tiene consciencia.

Antes que otra cosa, debo confesar que he seguido paso a paso el proceso de creación de la novela que el

lector tiene en sus manos y que desde el primer borrador le espeté al autor: «Ésta es una novela juvenil con una gran virtualidad pedagógica». Ya sé que la frontera entre la literatura juvenil y la de adultos no siempre es clara, de modo que existe mucha literatura catalogada como juvenil que leemos los mayores con placer y, al mismo tiempo, hay textos de adultos que leen alumnos de ESO y Bachillerato con gusto y aprovechamiento. La primera novela de Pedro Gómez para mí es literatura para la edad juvenil, pero que los adultos leerán con placer.

Los personajes que pululan por las páginas de *Humo de incienso* son los típicos de una diminuta ciudad, Solabre, suspendida en el tiempo muerto franquista, febrero de 1957: el barbero, padre del protagonista — al que el autor admira de modo especial—, retratado magistralmente en muy pocos trazos; el sastre, que también hace de campanero de la catedral; el herrero, el sacristán, el médico, el ama de casa encarnada en la madre del niño héroe de la aventura...

En otro plano de relevancia, destaca la Catedral, con un obispo más ‘abierto’ de lo que en la época se acostumbraba, y al que atiende un día a la semana el barbero; el deán, que es el malo de la historia, junto con doña Gloria, una solterona desvaída en la inanidad de un tiempo brumoso envuelto en humo; y el maestro, don Justo, sobre todo el maestro, que estimula, canaliza y posibilita que lleguen a buen puerto las pesquisas detectivescas de Pepín —que es el protagonista— y sus amigos.

La virtualidad didáctica resulta patente. El autor no pierde ocasión para introducir ejercicios de cálculo,

juegos matemáticos, encriptaciones y, en especial, experimentos de física y química que, precisamente, sirven a nuestro pequeño detective para descubrir y demostrar ‘experimentalmente’, a modo de policía científica, el engaño del malvado, urdidor de una trama sacrílega.

Una ciudad trabada en el tiempo nacionalcatólico, una catedral con sus múltiples puertas, claustros, capillas, pasadizos, cerrojos, deanes, canónigos, curas y sacristanes y obispo, todos envueltos por el humo del incienso, unidos al hijo de un barbero, que frecuenta al obispo, son elementos interesantes para construir un relato, pero hacer una novela que te atrape desde la primera página y no te suelte hasta los últimos párrafos, en que se dilucida el enigma, requiere una maestría técnica al servicio de una imaginación poderosa.

La novela *Humo de incienso* es, por otra parte, una metáfora sobre la realidad histórica del momento. La acción comienza en febrero de 1957: frío, pobreza, falta de perspectiva, miseria material y moral... Pero existe también un niño ‘despierto’, que vela por la noche, que indaga. Al final del tiempo de los rigores, de la Semana Santa, llega el día de la Resurrección, un domingo soleado, adelanto de la primavera. Un periodo litúrgico en el que ha querido el autor enmarcar el desarrollo de la acción, con la clara intención de reforzar una idea que rezuma a lo largo de las páginas de la novela: la opresiva influencia que la Iglesia ejercía en muchos aspectos de la vida cotidiana.

El último capítulo lo titula ‘1977’. «Han pasado veinte años. Hoy es viernes, día de San Juan, y ha terminado el curso escolar, el último de don Justo como maestro.

Hoy vamos a asistir a la comida de su jubilación, a los sesenta y cinco años, y más de cuarenta de ejercicio de su profesión. La comida la han organizado antiguos alumnos en un restaurante del pueblo, y va a ser motivo para su reencuentro, después de tanto tiempo». Así comienza el capítulo. A continuación, el autor nos da cuenta de lo que ha sido la vida de los personajes de la novela. A todos les ha ido más o menos bien, salvo a los malvados, que se han perdido en el anonimato y la nada, Franco ha muerto y una cierta primavera se ofrece para todos.

Pepín, el protagonista, es ahora don José, profesor de matemáticas. Pedro Gómez ha publicado poesía y ahora novela, es diseñador, ilustrador gráfico... y muchas cosas más. Pero lo que no ha podido disimular en *Humo de incienso* es su condición de maestro en grado de excelencia.

RAFAEL FERRER FOMBUENA

Han de saber quienes lean las páginas de este libro que no existe la ciudad de Solabre y que también son producto de la imaginación del que suscribe los personajes que en él aparecen, así como los hechos que protagonizan. Sin embargo, sí que son ciertas o pudieron serlo las tristes y ominosas circunstancias que rodearon, en los años cincuenta de nuestra nacionalcatólica España, los acontecimientos narrados, basadas en la propia experiencia personal y en la copiosa documentación oral y escrita proporcionada por amigos y compañeros de toda la vida, a quienes debo un profundo agradecimiento. También hago extensiva mi gratitud a las numerosas personas que pulsaron mi inspiración para la composición de este retablo.

P.G.

1

Finales de febrero de mil novecientos cincuenta y siete, en Solabre, pequeña ciudad de unos pocos miles de habitantes, capital de una comarca rural del interior. En la oscuridad de la noche se adivinan, trémulas, aquí y allá, deshilachadas fumarolas sobre los negruzcos tejados.

—Se queman estos dos tarugos y a la cama. ¿Eh, chiquillo?

Su padre siempre lo llamaba así, nunca por su nombre de pila. Su madre, en cambio, usaba un Pepín, quizá para no confundirlo con el nombre de su marido, también José.

—Anda, tira la ceniza. Y que no te caiga.

Cumplía sus mandatos sin rechistar, le tenía un gran respeto. Sabía que debajo de ese mal genio y

mirada adusta se escondía un hombre sensible, y bastante culto, a pesar de no haber ido a la escuela más que unos pocos años, hasta que su padre, el abuelo de Pepín, el primero de la saga de los José, le colocó de aprendiz siendo aún un crío. Desde entonces, al final de la década de los años veinte, ha trabajado toda su vida de barbero en su pueblo natal.

Tenía un carácter fuerte, sí, y un pronto que le había dado más de un disgusto. En el pueblo, o ciudad, como se quiera, porque era bastante grande y con mucha historia, centro comercial de la comarca y ruta de paso, le conocían por su apodo.

Allí, como en todas partes, cada cual tenía el suyo. El del padre de Pepín, y por extensión el de toda su familia, era *Masco*: Pepe *Masco*. ¿Por qué? No lo sabían ciertamente, aunque algunos decían que le habían sacado ese mote porque en muchas ocasiones utilizaba una muletilla para referirse a la necesidad de poner más empeño en algo: Más cojones; hay que echarle más cojones.

Pepín abrió con cuidado la portezuela del cajetín de la estufa de leña donde se deposita la ceniza ayudándose con un trapo para no quemarse, y con una pequeña pala de madera fue arrastrándola a una caja de zapatos. Después se acercó al cubo de la basura colocado junto al hogar y volcó con cuidado la ceniza.

Casi siempre era él quien realizaba este cometido cotidiano, y le gustaba. Cuando abría la portezuela de hierro veía desde abajo, a través de la rejilla, cómo ardían los tarugos de pino, chisporroteando hacia el tubo de tiro. Y era agradable sentir en la cara esa

sobredosis de calor, en las noches de aquel febrero tan frío.

Era una noche más, no muy diferente de las otras. Se había encabalgado en un suspiro sobre la escueta tarde, ocupada en los deberes escolares. Pepín, después de la merienda, desparramaba sobre la mesa donde comían el cuaderno y el libro escolar *Mis segundos pasos*, el libro que a modo de enciclopedia se utilizaba en la escuela durante dos años seguidos, en los grados quinto y sexto. En esos momentos era el dueño de esa mesa, grande, cuadrada, situada en el centro de la estancia principal del piso donde vivían, recibidor, comedor y cocina en un solo espacio, pero bastante soleado por los dos balcones que daban a la calle.

Su madre, Teresa, a tres pasos de él trajinando con los platos en el minúsculo banco junto al fregadero, le daba de cuando en cuando prisas para disponer la mesa para la cena, un hervido de alcachofas y unas lonchas de hígado de cerdo asado a la sartén. Todo debía estar preparado para cuando el padre apareciera por la puerta de regreso del trabajo. Y no se permitían demoras.

Inmediatamente antes de cenar, como un ritual, el padre encendía el aparato de radio Telefunken recientemente comprado, e intentaba sintonizar, en onda corta, *La Pirenaica*, para oír las noticias de las nueve.

La onda corta ejercía en el muchacho un hipnótico influjo, con esos ruidos extraños, esas voces chirriantes en árabe y esas músicas lejanas. Cuando por fin el locutor anunciaba aquello de «Habla Radio España

Independiente. Estación Pirenaica», el padre se apresuraba instintivamente a correr las tupidas cortinas de los balcones, lo que acentuaba la clandestinidad del momento. Se apreciaba en el rostro de José una ligera sonrisa de suficiencia que alternaba con algún gesto de preocupación.

Se cenaba en silencio, escuchando la radio, único aparato electrodoméstico de la familia. Aún entonces se cocinaba con el hornillo de petróleo, no se disponía siquiera de nevera de hielo y se calentaban con la estufa de hierro, alrededor de la cual se sentaban después de cenar. La estufa, en invierno, junto a la radio, eran los elementos que requerían mayor atención.

Poco a poco se fueron consumiendo los tarugos de la estufa, mientras Pepe fumaba un par de cigarros, Teresa remendaba unos calcetines con su huevo de cristal y Pepín miraba absorto el resplandor de las llamas. De cuando en cuando se rascaba el cortezón de la herida de la rodilla, que no acababa de curarse, a pesar de los requerimientos en voz baja de su madre. Únicamente cuando el padre le lanzaba una mirada reprobatoria dejaba en paz el cortezón.

—A la cama, que mañana es día de escuela.

Siempre tenía pereza el chico por levantarse de la silla, más que nada por no alejarse del agradable calor de la estufa, aunque solo calentaba por delante. A dos metros el frío reinaba en la casa, y mucho más en la alejada habitación, en el rincón norte del piso.

Primero al váter, que por aquel entonces, antes de la reforma, era una letrina con tapa. Después a desvestirse

rápidamente, a ponerse el pijama gordo y los peucos, apagar la luz y a meterse entre las frías sábanas hecho un ovillo, arrebujado y encogido, sin moverse, con la cabeza dentro, a fin de que la respiración, poco a poco, fuera calentando el mínimo espacio ocupado.

Fue una de esas noches de febrero cuando ocurrió un hecho que Pepín recordaría toda su vida. Después de estar un buen rato acurrucado bajo las mantas se durmió, pero no habría pasado del primer sueño cuando le despertaron unos ruidos a modo de golpes rítmicos sordos, que venían de la habitación de sus padres. Escuchó atentamente un rato y se incorporó en la cama, dándose cuenta de que eran más lejanos, se producían en la casa contigua, en la pared medianera colindante con la cabecera de la cama de matrimonio.

Se levantó cautelosamente y con un poco de miedo, y con pasos sigilosos se fue acercando por el corto pasillo a la puerta de la habitación de sus padres, que nunca se cerraba. Allí se quedó apostado un poco más. Los golpes continuaban. En el silencio pudo escuchar, también, palabras ahogadas, entrecortadas, pero sin comprenderlas.

Todo eran sombras conocidas, apenas vislumbradas por la débil luz de la calle, filtradas por los contraventanos entreabiertos del balcón de su habitación. Se atrevió a asomar la cabeza. Sus padres también estaban despiertos, escuchando en silencio.

—¡Chiquillo! ¿Qué haces ahí? ¡A la cama! ¡Te vas a constipar!

Como un resorte, el muchacho volvió corriendo sobre sus pasos y se metió en la cama, cabeza y todo. Tardó mucho rato en dormirse, sorprendido, confuso y temeroso.